



CAPITULO III.

La dictadura de Santa-Anna.

SE puede decir que los dos capítulos anteriores forman el exordio de nuestra relación, pues que ahora damos otro salto de veinte años para presentarnos en México en el momento en que reinaba S. A. S. D. Antonio López de Santa-Anna, adueñado del poder otra vez más, como lo había estado con intermitencias desde la primera década de nuestra emancipación de España.

Sabido es que aquel general, que nunca llegó á tener conciencia política de ninguna clase porque era completamente analfabético, sostuvo todas las banderas, se rodeó de todos los partidos, gobernó con todos los círculos, según se presentaban las circunstancias, engañando á todos porque era astuto é insinuante, haciéndose querer de muchos porque era simpático y haciéndose temer de los que no estaban con él porque era terrible en sus venganzas, en sus odios y en sus castigos.

Ya en una leyenda anterior, hemos dado á conocer su carrera, su carácter, su política y su conducta, de manera que ahora sólo por incidente vamos á referirnos á los últimos años de su atroz gobierno, con los que da realmente principio esta leyenda.

Entraremos desde luego á la residencia dictatorial de Santa-Anna, en donde lo encontraremos rodeado del fausto que era posible en aquellos tiempos de miseria, esto es, de media docena de ministros que lo obedecían de rodillas, de otra media docena de generales á quienes mandaba como si fueran lacayos, de unas dos docenas de oficiales que le servían de edecanes y la correspondiente buena mesa y el correspondiente cortejo de aduladores de todas las clases.

Ya en este tiempo nadie le llamaba *Señor Presidente*, aunque se diera ese título en los draconianos decretos que publicaba, sino Exmo. Señor, y ya pensaba en el título de *Alteza Serenísima* como vamos á verlo, teniendo que inclinar la frente casi hasta el suelo todos aquellos que comparecían en su presencia. Según todas las exterioridades que ya se notaban, tenía la mira manifiesta de llegar á titularse Emperador, como Iturbide, con el nombre de Antonio I.

En una mañana del mes de Octubre, había tomado asiento en su sillón dorado bajo un pabellón de damasco carmesí lleno de borlas de oro, tenía una mesa de ébano á su frente cubierta de papeles y los ministros le rodeaban con sus carteras sobre las rodillas: se celebraba un consejo de ministros, que para cualquiera extraño que lo presenciara podía ser una escena de ópera bufa, pero que para aquellos actores parecía revestir inmensa gravedad,

por la manera con que hinchaban los carrillos así como por la rigidez de sus bustos.

Formaban su consejo de nombre, porque él era quien inspiraba y quien imponía casi todas las determinaciones que eran aprobadas: un tal Bonilla, ministro de relaciones; un general Lino Alcorta, ministro de guerra; un Teodosio Lares, ministro de justicia; un Sierra y Roso, de hacienda, y un Joaquín Velázquez de León, ministro de fomento. No había ministro del exterior y el de comunicaciones no se había inventado.

—Señores ministros, les dijo Santa-Anna, los he citado á junta porque tenemos muchos asuntos importantes que tratar, según la lista de ellos que he formado y con la cual voy á darles cuenta.

Los cinco se inclinaron ceremoniosamente.

Santa-Anna dió un vistazo al papel que tenía delante y continuó diciendo con voz hueca:

—Se me ha ocurrido, leyendo un cuaderno que se me remitió de Madrid, que aquí debemos hacer algo parecido. Trata de las ceremonias que se verifican en aquella corte y de las que podemos apropiarnos muchas, por más que aquí todavía no tengamos una corte en toda forma. ¿Qué les parece á sus excelencias?

Los ministros se inclinaron por segunda vez, sin atreverse á despegar ninguno los labios, temiendo que aquello no fuera sino una celada de las que su pérfido jefe acostumbraba para burlarse de ellos ó para *tantearlos*: era el término que usaba en tales ocasiones el Exmo. Señor Don Antonio.

—Bueno: ya veo que no les parece mal, según el signo de asentimiento que acaban de darme. Quiero, en primer lugar, que establezcamos la plaza de un maestro de cere-

monias para el palacio. Creo firmemente que un maestro de ceremonias nos hace mucha falta. ¿Qué piensa de esto mi primer ministro?

Todos se vieron unos á otros como preguntándose: vamos á ver, ¿quién es aquí el primer ministro?

Bonilla, que era el más audaz ó el que quería darse la importancia de jefe, fué el que dijo con sonrisa empalagosa:

—La idea es sublime, Exmo. Señor.

—Ya lo creo que es sublime, exclamó Santa-Anna formando con la boca una especie de explosión, y no se cómo ni á mí ni á ninguno de sus excelencias se nos había ocurrido. Un maestro de ceremonias á estas alturas á que hemos llegado, es indispensable. Si tenemos la orden de Guadalupe con todas sus capas, ceremonias y condecoraciones, ¿por qué hemos de carecer de un maestro de ceremonias en la vida ordinaria?

—Positivamente, dijo Lares estirando mucho el hocico, es de absoluta necesidad.

—Pero el maestro de ceremonias, continuó diciendo el jefe supremo, no es más que un incidente, yo quiero que tengamos también ceremonias para que no nos salga sobrando el maestro y esas abundan en este librito que me he estado leyendo anoche. Por el estilo de esto, nuestro ministro de fomento podrá redactar muchos artículos, estableciendo insignias para los consejeros, sus esposas y sus servidumbres, marcando los sitios que deben ocupar en las asistencias y reuniones, las armas que deben llevar sus carruajes, las prerrogativas que estos han de tener en las calles y en los paseos, etc., etc., etc. Aquí, aquí hay mucho paño de donde cortar.

—En efecto, aprobó Bonilla una vez que comprendió

que el dictador no se burlaba sino que hablaba con toda formalidad; hasta ahora hemos carecido de regla fija para la etiqueta oficial y nos parece que el señor Velázquez de León podrá hacer para el caso un magnífico reglamento.

—Para todos los casos, agregó Lares.

—Esto es, yo lo quiero para todos los casos, dijo Santa-Anna, porque en todos ellos se dará mayor respetabilidad al poder, ya que nosotros nos sacrificamos por el país: es necesario que el país se acostumbre á vernos con el mayor respeto.

—Y si es posible hasta con veneración, exclamó Velázquez empezando á posesionarse del importante papel que iba á desempeñar.

—Queda, pues, encargado nuestro ministro de fomento, de redactar una ley de muchos artículos que abarquen todo cuanto se tenga que abarcar, no sólo respecto á los actos oficiales, sino á las diarias funciones del poder ejecutivo, de los sujetos que lo forman y de cuantas personas tengan elevado carácter.

—Comprendo, comprendo Exmo. Señor: procuraré inspirar mi trabajo en el ceremonial observado en la corte española.

—Pasemos á otro asunto.

—Pasemos, Exmo. Señor, dijeron todos los ministros en tono muy respetuoso.

—Tiene la palabra el de la policía, que está á cargo del ministerio de la guerra.

—Ha quedado establecida ya la *Sección de Operaciones*, dijo Don Lino Alcorta, que el Exmo. Señor Presidente se sirvió ordenar se pusiera en mi departamento.

—Sí, pero esa Sección se ha mostrado hasta hoy de-

masiado tibia, sin dar con todos los descontentos para aplicarles el correspondiente castigo.

—Se han desterrado en los últimos dos meses unas cuatrocientas personas de la capital y los departamentos, unas de la corte para el interior, otras del interior para la corte y las más peligrosas están encerradas en San Juan de Ulúa.

—¿Y cree su señoría que con esas cuatrocientas personas están agotados los descontentos y que esas personas confinadas no siguen conspirando?

—Se les vigila. . . . Exmo. Señor.

—Quiero que á los desterrados se les vigile más, quiero que no se oiga ya pronunciar en la nación de mi mando la palabra descontento.

—Se desplegará más energía, Exmo. Señor.

—Eso quiero: que se expidan circulares, pero muy tronantes, muy ejecutivas, muy severas, si es preciso hasta crueles, á los comandantes militares para que castiguen sin contemplación y sin misericordia, no sólo á los conspiradores sino á los que murmuren del gobierno ó no reciban con toda sumisión sus medidas.

—Mañana mismo someteré á la aprobación del Exmo. Señor Presidente, un proyecto de circulares sobre la materia.

—Quiero que al efecto se multiplique el número de espías. Es necesario echar mano de mujeres, de oficiales, de personas decentes y hasta de los ricos, si algunos quieren servir, para que sepamos cómo piensa del gobierno cada uno de los mexicanos, si esto es posible. Todos tienen el deber de obedecernos y de amarnos y á los que si quiera aparenten la menor resistencia, debemos aniquilarlos. Si con Arista, si con Suárez Navarro, si con Ceballos

y otros no hemos sido indulgentes, que son personajes, ¿por qué hemos de mostrarnos tibios con la canalla? Señor ministro de la guerra: esa *Sección de Operaciones* debe operar con mayor actividad, debe tener ojos de Argos para estar en todas partes.

—Así se hará, Exmo. Señor.

—Pida su excelencia cuanto dinero necesite, para que se extienda su esfera de acción hasta lo infinito. ¿Hay que pagar á dos mil, á cuatro mil, á veinte mil espiones? pues que se paguen, que se gaste cuanto dinero sea necesario; para que vivamos en paz sin temor á las conspiraciones que siempre cuestan más cuando estallan que cuanto pueda costar una policía bien ordenada. ¿Por qué se han descubierto los manejos solapados de algunos hombres del Sur? ¿No lo saben ustedes?

Los ministros abrieron mucho los ojos é hicieron un movimiento negativo con la cabeza.

—Pues voy á decírselos, porque yo con mi perspicacia natural sospeché algo y mandé á un coronel, á un comandante y á otros capitanes de toda mi confianza para que hicieran allá el papel de descontentos y obtuvieran confidencias.

—¿Y las han obtenido, Exmo. Señor? preguntó Lares.

—Allá vamos, porque de esto también quiero decirles cosas grandes y maravillosas que mis ministros ni siquiera se imaginan; pero ya, ya tengo tomados los hilos y ninguno se me escapará. ¿En qué íbamos? . . . ¡Ah! en la buena policía dependiente del ministerio de la guerra. Quedamos en que el jefe del ramo nos presentará mañana mismo un plan completo de seguridad para el Estado.

—Sí, Exmo. Señor.

—Ahora, antes de que se me pase, voy á decir á sus excelencias lo que creo haber descubierto en el Sur.

Todos los ministros estiraron el pescuezo para oír mejor. El Presidente continuó así con aire de misterio:

—Primero, mis espías no pudieron descubrir nada: los hombres del Sur se mostraban muy recelosos con todos cuantos iban de México, y nada querían decir delante de ellos; pero uno de mis capitanes, á quien me propongo hacer más tarde coronel, fué más astuto que mis otros enviados; se hizo de la confianza de una mujer á quien enamoró y por ese medio ha logrado saber que D. Juan Alvarez y Comonfort se cartean, que Moreno no sólo me es infiel sino que dice pestes de mi gobierno y que hay también un Villarreal que casi es un conspirador.

—¡Gran Dios! exclamaron á una voz los ministros.

—Señor, dijo el general D. Lino, desde mañana obrará la *Sección de Operaciones*.

—Desde mañana no, señor general, ahora mismo.

—Ahora mismo, Exmo. Señor.

—Primero que todo quitarles los empleos: no debemos mantener ingratos.

—¿Con quién quiere el Exmo. Señor Presidente que comencemos?

—Con Moreno el Comandante de la Costa Chica que es el más peligroso. Después de que ya no sea nada, cuando no tenga autoridad ni soldados, se le mandará aprehender. Ahora todavía no, porque se nos escaparía de las manos. Se necesita desplegar mucha habilidad, mucha maña y mucha energía con esos hombres del Sur.

El ministro de la guerra ofreció ocuparse desde luego en mandar las tropas que fueren necesarias, de modo de atrapar á los hombres peligrosos del Sur, sin que sospe-

charan el golpe que iban á recibir, y dictar las medidas más convenientes, concluyendo sus ofrecimientos con esta frase que puso muy alegres á todos los del gobierno:

—Puede contar el Exmo. Señor Presidente con que ya los tenemos á todos ellos en la bolsa.

—Bueno, contestó el dictador, confío en la malicia del hábil consejero que tiene á su cargo los ramos de guerra y policía.

Y á poco continuó diciendo, después de haber paseado dos ó tres veces la vista sobre el papel en que estaban los apuntes.

—Hay todavía otra cosa que me preocupa y que debe preocuparnos á todos vivamente.

Los ministros alargaron aún más los pescuezos y el amo continuó diciendo:

—Dentro de poco tiempo concluyen los poderes que me dió la revolución triunfante y si no se busca una buena solución tendré que dejar el gobierno.

—Eso no, exclamó Lares.

—Imposible, exclamaron los otros.

—Necesitamos por lo mismo que en alguna parte se haga un pronunciamiento en mi favor.

—¿Un pronunciamiento? preguntó Bonilla fingiendo sorpresa.

—Sí, dijo el dictador guiñando un ojo; una acta cualquiera en que se desconozcan las bases de la revolución que me trajo al poder, que sea secundada por todos los comandantes de los departamentos.

—Eso es lo más fácil, se apresuró á decir D. Lino; se les ordena por la secretaría de mi cargo lo que sea conveniente y todos obedecerán.

—No es tan sencilla la cosa, hizo observar Lares, al-

gunos de esos comandantes militares que fungen á la vez de gobernadores, son algo quisquillosos y pueden darnos un dolor de cabeza coaligándose en favor del plan que triunfe.

—Por eso debe comenzarse con las plazas que cuentan con más elementos y con más prestigio, dijo con cierta negligencia el general Santa-Anna. Mi plan es que el pronunciamiento, ó mejor dicho, el acta de proclamación se haga simultáneamente en Guadalajara y Veracruz: de esta manera los demás doblarán las manos.

—Lo que es con Jalisco contamos, exclamó el general Alcorta.

—Ya lo creo que contamos: allí está el viejo Ortega que es mío, lo mismo que todos los canónigos.

—Pero entonces no es pronunciamiento lo que necesitamos, objetó humildemente Lares, sino una proclamación.

Santa-Anna, que no gustaba ni de que aún humildemente se le hicieran objeciones, dijo con voz fuerte y tono de impaciencia:

—El nombre poco hace al caso, señor ministro; yo lo que quiero son actas, muchas actas levantadas en las ciudades y villorrios, en que se diga que debemos continuar nosotros en el poder, aun después del año fijado por la revolución, próximo á fenecer, y que se me dé ya el tratamiento oficial que en otras veces se me ha ofrecido, inherente al cargo de capitán general, único en la República.

—El de Alteza Serenísima, se apresuró á opinar Bonilla.

—Su excelencia, con su penetración acostumbrada, ha comprendido cuáles son mis deseos, dijo Santa-Anna

con voz melosa, como queriéndole dar por ello la enhorabuena.

—Y si me es permitido asociarme al ministro de la guerra. . . .

—¿Qué?

—Creo que entre ambos desarrollaremos un plan que abarque todo lo que se necesita para dar subsistencia, solidez y duración al poder, así como el esplendor que conviene al jefe supremo de la Nación.

—El señor Bonilla queda pues encargado, unido al general Alcorta, de hacer que en Guadalajara se levante y firme una acta con todo eso que se ha iniciado, para que la secunden todos los Departamentos rápidamente, á fin de que podamos publicar el bando en tiempo oportuno.

Todos se inclinaron casi hasta el suelo. Santa-Anna les dijo:

—Y por ahora, nada más tenemos que tratar. ¡Ah! se me pasaba: será bueno que el señor Lares, por su parte, organice alguna fiesta muy ruidosa con el pretexto de mi cumpleaños ó con cualquiera otro motivo.

—Lo haré con mucho gusto, serenísimo señor, contestó Lares que quería con esa adulación enmendar el desagrado que había causado poco antes al Dictador.

Se despidieron haciendo muchas ceremonias, y apenas en la puerta, y en voz alta de modo que pudieran ser oídos, iban diciendo:

—¡Qué talento de hombre!

—Si tiene un sol por cerebro.

—Es el político más perspicaz que se conoce.

—Un perfecto hombre de Estado.

—Es la notabilidad del siglo.

—Es el astro de todas las Américas.

—¡Ilustre entre los ilustres!

—En suma, dijo Alcorta que queria echar el tapado á todos, es una Minerva mexicana.

El Dictador, que se vió tentado á correr tras ellos para callarlos á puntapiés, y que lo hubiera hecho á no estar cojo, exclamó cruzando los brazos:

—Si estos imbéciles son los ministros, y por consiguiente la gente más conspicua entre toda la que me rodea, ¿cómo serán los demás? ¿No tengo, pues, razón en poner el pié en el pescuezo á tanto canalla adulador? Ya, ya irán sintiendo quién soy y de lo que soy capaz, y entonces hasta estos mismos miserables que me ayudan á oprimir á las turbas de mentecatos, llegarán á temblar en mi presencia. ¡Y vaya si temblarán!

Se rió nerviosamente, se levantó y se dirigió para el comedor en donde lo esperaba la mesa de Estado, é iba así murmurando:

—¡No suena mal eso de Alteza Serenísima.



CAPITULO IV.

Yncienso y lágrimas.

EL exterior de la ciudad de México era brillante. El general Santa-Anna, en aquella época, (ya declarado Dictador y Alteza Serenísima) se había sabido rodear de las personas acaudaladas, de los miembros del alto clero, de los políticos de más nota del partido conservador, de algunos liberales tímidos ó acomodaticios, y finalmente, del elemento militar en que no faltaban los jefes de distinción.

Las tropas, vestidas con uniformes chillones, recorrían las calles llevando á la cabeza sus músicas, Su Alteza Serenísima iba al paseo acompañado de generales llenos de entorchados y seguido siempre de numerosa escolta, concurría á su palco en el teatro en donde se veían los gastadores con sus gigantescas gorras de pelo y con sus barbas que les cubrían el pecho; por las mañanas había suntuosas fiestas en las iglesias, y por las noches sa-